

El pensamiento pedagógico de Balmes

HUMANISMO INTEGRAL

No hay doctrina pedagógica, por lo general, que al mismo tiempo no represente una violenta negación, y una luz de esperanza. La negación se expresa como violenta polémica contra el sistema educativo dominante, mientras que la esperanza se manifiesta con la anticipación de un futuro mejor para cada individuo y para la sociedad.

Toda doctrina pedagógica está por esto, en general, fundada en un cierto pesimismo y en un cierto optimismo. Todas las doctrinas se presentan con un aspecto optimista, porque en el fondo todas muestran especialmente la reivindicación de lo que es efectividad en un cierto pesimismo y en un cierto optimismo. Todas las doctrinas se presentan con un aspecto optimista, porque en el fondo todas muestran esencialmente la reivindicación de lo que es efectivamente «humano» en el hombre de sus afectos, de su libertad, de su personalidad verdadera. Incluso las teorías que reducen al hombre a su naturaleza puramente biológica o sociológica o psicológica llevan a efecto esa reducción, no precisamente para depauperar al hombre, sino porque consideran que ello es necesario para recuperar su «verdadera» naturaleza. (1)

(1) A este propósito recordemos lo que nos decía Balmes al tratar de «Creer en el hombre», de él afirmaba que «ama el bien» (*El Criterio*, 7, 2; BB 15, 68; BAC 3, 587, es de «buen fondo» (*El Protestantismo*, 5; BB 5, 93; BAC 4, 58).

Además, la ciencia pedagógica, aun en sus actividades diversas, ha luchado siempre de una forma apta para defender la persona del individuo de los peligros de la servidumbre pasiva del ambiente y del mecanismo. Incluso la educación primitiva, hasta el sociologismo y las doctrinas comunitarias más recientes, pretenden restituir al hombre a sí mismo, liberarlo en su verdadera esencia y emanciparlo según su libre voluntad y con la plenitud de su conciencia humana.

Sólo hay que evitar el peligro de no creer que basta liberarlo de una servidumbre antigua para hacerlo libre del todo, porque se puede caer en un nuevo tipo de servidumbre. Así se entendió en la Antigüedad, cuando el hombre bestial, absorbido y dominado por la Naturaleza, poco a poco se libró de ella para entrar a formar parte de la sociedad. La aportación de las fuerzas sociales le ha permitido una primera liberación, pero lo ha supeditado a una nueva esclavitud. Así lo ve hoy, cuando para librarse de la servidumbre y del acicate de las necesidades económicas corre el riesgo de caer en formas de estatismo, que probablemente no liberan al hombre de esta preocupación, y ciertamente lo sujetan de hecho a otro severo y riguroso determinismo.

El peligro puede evitarse fundamentando la educación en un concepto del hombre integral, como cuerpo y espíritu, como persona individual que vive en sociedad, con aspiraciones y finalidades diversas, múltiples y sin embargo coordinadas. (2)

Este hombre que «necesita armonía», que clama por un humanismo integral, con miras «al hombre completo» (3) vive en sociedad; en él es vital la coordinación del individuo en lo múltiple.

«Substraed el mundo a la ley eterna, a esa ley que abarca al hombre y a la sociedad, que se extiende a todos los órdenes, que es la razón divina aplicada a las criaturas racionales; buscad fuera ese inmenso círculo una libertad imaginaria, nada queda en la sociedad sino el dominio de la fuerza bruta, y en el hombre el imperio de las pasiones: en uno y otro la tiranía, por consiguiente la esclavitud.» (4)

(2) «El hombre es un mundo pequeño; sus facultades son muchas y muy diversas; necesita armonía (...)» (*El Criterio*, 22, 60; BB 15, 349; BAC 3, 755).

(3) *Ibidem*.

(4) *El Protestantismo*, 38; BB 7, 31-32; BAC 4, 411. Por las referencias últimas, (*El Criterio*, 22, 60; BB 15, 349; BAC 3, 755) y BB 7, 31-32; BAC 4, 411, vemos en la primera que el hombre, para ser hombre, necesita de la «armonía», de un humanismo integral; por la segunda que es necesario que tanto el hombre como la sociedad se subordinen a la ley eterna, obedeciendo al orden establecido por Dios, para bien de ambos. Ahora bien, esta convivencia significa que la salvación del hombre está en que se eduquen según «esta armonía» de que venimos hablando, según este humanismo integral, para que como persona individual viva en sociedad, con aspiraciones y finalidades diversas, múltiples y sin embargo, coordinadas; «(...) sin olvidar que el hombre no está solo en el mundo y que no ha nacido para vivir solo; sin olvidar que, a más de lo que es en sí, forma también parte del gran sistema del universo (...)» (*El Protestantismo*, 21; BB 6, 14; BAC 4, 207); de esta forma tanto el uno como el otro, el hombre y la sociedad se librarán de la tiranía por consiguiente, de «la esclavitud» (*Protestantismo*, 38; BB 7, 31-32; BAC 4, 411).

Este concepto del «humanismo integral» nos ha ofrecido Balmes, no a través de un estudio de las diferentes disciplinas científicas, sino a través de una filosofía del hombre, en la que la existencia humana, con sus valores ideales supremos, como son el arte, la ciencia, la moral, encuentra su justo significado en un orden y en una jerarquía unitotal.

EL HOMBRE

La salvación del hombre, acabamos de ver, según Balmes, está en un humanismo integral, en «el hombre completo, el hombre por excelencia», por lo tanto, el educando al *enfrentarse ante* el propio proceso armónico, ha de tener como meta principal, este hombre; de forma que si para sobresalir, o perfeccionarse en un orden de cosas, va a tener que «dejar de ser hombre» (5), debe renunciar a esta clase de perfección para quedarse «con la humanidad» (6).

Este ideal del hombre, como meta a realizarse a lo largo del proceso educativo, era algo tan arraigado en su ser que su gran biógrafo Casanovas, nos dirá que: «Els escrits balmesians són d'una tendència humana intesíssima. Tot estudi, tot treball, més que al tresor objectiu de veritat i de bé que post assolir-se sempre escadusser en aquesta vida, va ordenat a la formació perfecta de l'home que estudia i treballa, i aquest sí que és un valor suprem que ja no té superior sinó en Déu perfecció absoluta» (7).

En efecto, hablando de la filosofía claramente afirmará que si para ser filósofo, hay que dejar de ser hombre, «renuncio a la filosofía» (8); y se está refiriendo al hombre completo; y en consecuencia dirá que todo sistema que es «incompleto», está en peligro de «degenerar en falso» (9).

La razón de todo está en que el hombre es un «pequeño mundo» (10), donde se reúne con la simplicidad la mayor multiplicidad, y donde una de las leyes «más constantes» (11) de su ser, es la necesidad de la armonía, la necesidad de una coordinación de todas sus facultades si no queremos «mutillarlas y a veces extinguirlas» (12).

Cuando Dios ha formado al individuo como resultado de la unión de cuerpo y alma, ha sido para que «sirviese el uno al otro» (13).

Más aún, en este proceso educativo, en este desarrollo de todas las actividades psíquicas y físicas del hombre, con el propósito de

(5) *Fil. Fund.* 1, 34; BB 16, 347; BAC 2, 210.

(6) *Ibid.*

(7) CASANOVAS, Ignasi. *Balmes, la seva vida. El seu temps. Les seves obres* (Barcelona, 1932), 1, 351.

(8) *Fil. Fund.* 1, 34; BB 16, 347; BAC 2, 210.

(9) *Ibid.*, BB 16, 339; BAC 2, 204.

(10) *Ibid.*, BB 16, 339; BAC 2, 205.

(11) *Ibid.*

(12) *Ibid.*, BB 16, 340; BAC 2, 205.

(13) *Ibid.*

hacerlas lo más humanamente posible perfectas según su personalidad, el humanismo integral, la armonía es una ley necesaria: «La verdad completa, como el bien perfecto, no existen sin la armonía; ésta es una ley necesaria, y a ella está sujeto el hombre» (14).

A este propósito recordemos lo que dijimos al hablar de «El Criterio» como un conjunto admirable de reglas, indicaciones y en especial, ejemplos en escena, que intenta ser y es en realidad una lógica perfecta, y que por lo mismo abarca al hombre entero: «Una buena lógica debe comprender al hombre entero, porque la verdad está en relación con todas las facultades del hombre» (15).

Por si nos queda alguna duda de ello, cierra «El Criterio» con las siguientes palabras: «Criterio es un medio para conocer la verdad. La verdad en las cosas es la realidad. La verdad en el entendimiento es conocer las cosas tales como son. La verdad en la voluntad es quererlas como es debido, conforme a las reglas de la sana moral. La verdad en la conducta es obrar por impulso de esta buena voluntad. La verdad es proponerse el fin conveniente y debido según las circunstancias. La verdad en la elección de los medios es elegir los que son conformes a la moral y mejor conducen al fin. Hay verdades de muchas clases. Hay también muchas clases de conocer la verdad. No todas las cosas se han de mirar del mismo modo, sino del modo que cada una de ellas se ve mejor. Al hombre le han sido dadas muchas facultades; ninguna es inútil; ninguna intrínsecamente mala. La esterilidad o la malicia les vienen de nosotros, que las empleamos mal. Una buena lógica debiera comprender al hombre entero, porque la verdad está en relación con todas las facultades del hombre. El hombre es un mundo pequeño: sus facultades son muchas y diversas; necesita armonía y no hay armonía si cada cosa no está en su lugar, si no ejerce sus funciones o las suspende en el tiempo oportuno. Cuando el hombre deja sin acción alguna de sus facultades es un instrumento destemplado. La razón es fría, pero ve claro: darle calor y no ofuscar su claridad; las pasiones son ciegas, pero dan fuerza. El entendimiento, sometido a la verdad; la voluntad sometida a la moral; las pasiones, sometidas al entendimiento y a la voluntad, y todo ilustrado, dirigido, elevado por la religión; he aquí el hombre completo, el hombre por excelencia. En él la razón da luz, la imaginación pinta, el corazón vivifica, la religión diviniza» (16).

Como se ve, para Balmes el objetivo de una «buena lógica», de una buena educación, es el hombre entero, es este humanismo integral al que nos estamos refiriendo: «(...) ell sent repulsió instintiva a descomposar l'home per parts, com qui desmunta una màquina o desfulla una flor vivent; ell no sap contemplar l'home sinó sencer. Per això tota paraula que diu en matèria d'educació humana va sempre

(14) *Ibid.*, BB 16, 343; BAC 2, 207.

(15) *Criterio*, 22, 50; BB 15, 349; BAC 3, 755.

(16) *Ibid.*, BB 15, 348; BAC 3, 755.

ordenada a l'ideal d'home complet que el seduïa amb força irresistible. (...) En la perfecció humana ell hi veia la seva terra de promissió i la de tota la humanitat. Aquí convergien tots els dalers de la seva vida, i aquesta és l'aspiració més íntima i substancial que circula per totes les obres balmesianes, sia qualsevulla l'argument que desenrotllin» (17).

TRANSCENDENCIA

La transcendencia de este trabajo que debe realizar el educando, con la mira puesta en el objetivo de su educación, es única; pues en él, y sólo en él, por lo general está la dicha como la desgracia de su vida: «Lo que sí no admite duda es que así por lo tocante a la dicha como a la desgracia, se verifica el proverbio de que el hombre es hijo de sus obras» (18).

Siguiendo su característica, Balmes da la razón de lo que acaba de decir, negando a la casualidad ese fuero que quiere atribuirse: «En el mundo físico, como en el moral, la casualidad no significa nada» (19). «La suerte próspera o adversa, rarísima vez depende de una causa sola; complicanse por lo común varias y de orden muy diverso; pero como no es fácil seguir el hilo de los acontecimientos al través de semejante complicación, se señala como causa principal o única lo que no es otra cosa que un suceso determinante o una simple ocasión» (20).

De esta manera hace ver al mismo tiempo la responsabilidad enorme que tiene el educando, en este trabajo que realiza para lograr este humanismo integral, este hombre completo, según las posibilidades humanas (21).

(17) CASANOVAS, Ignasi. *Balmes. La seva vida. El seu temps. Les seves obres.* (Barcelona, 1932), 1, 352; 353.

García de los Santos, filósofo, literato y médico, amigo y biógrafo de Balmes escribía hablando de él: «Parece que todo el tiempo debía haberlo empleado en pensar en las ciencias; yo creo que casi había pensado más en el hombre. El estudio de éste en sus fenómenos y en sus modificaciones intelectuales y morales, en el trato de sociedad en sus contumbres privadas, le ocupaban muchísimo». (García de los Santos, Benito. *Vida de Balmes*; (Madrid, 1848), 678.

(18) *Criterio*, 22, 3; BB 15, 261; BAC 3, 701.

(19) *Ibid.*.

(20) *Ibid.*; BB 15, 262; BAC 3, 702.

(21) En la parte primera de este trabajo (que aquí no se publica), al hablar de la «Teoría y práctica», veíamos lo que Balmes decía acerca del camino que se debe seguir para dirigir las facultades del espíritu «(...) un conjunto de principios, de reglas, de observaciones, y sobre todo de ejemplos en escena». *Criterio*, prospecto; BB 15, 7; BAC 3, 551. Siguiendo ese mismo camino en esta ocasión también nos trae una serie «de ejemplos» en escena», acerca de que «cada cual es hijo de sus obras». Cfr. en el cap. XXII, de «El Criterio»; los ejemplos que pone de «El aborrecido». «El arruinado», «El instruido quebrado y el ignorante rico». Es la manera que el alumno vaya abriendo los ojos a la realidad; convenciéndose de ello.

DIFICULTAD

Esta transcendencia y responsabilidad, no quita la dificultad seria y grande que lleva el mismo educando dentro de sí, en este camino hacia una perfecta maduración. Este problema interno que es un obstáculo en la formación del hombre completo nace con motivo de la lucha que se entabla dentro de nosotros mismos entre los «dos hombres» que pelean por su reinado. «Todos experimentamos que en nosotros hay dos hombres: uno inteligente, activo, de pensamientos elevados, de deseos nobles, conformes a la razón, de proyectos arduos y grandiosos; otro torpe, soñoliento, de miras mezquinas, que se arrastra por el polvo cual inmundo reptil, que suda de angustia al pensar que se le hace preciso levantar la cabeza del suelo. Para el segundo no hay el recuerdo de ayer, ni la previsión del mañana: no hay más que lo presente, el goce de ahora, lo demás, no existe; para el primero hay la enseñanza de lo pasado y la vista del porvenir; hay otros intereses que los del momento, hay una vida demasiado anchurosa para limitarla a lo que afecta en este instante; para el primero el hombre es una criatura racional, a imagen y semejanza de Dios, que se desdén de hundir su frente en el polvo, que la levanta con generosa altivez hacia el firmamento, que conoce toda su dignidad, que se penetra de la nobleza de su origen y destino, que alza su pensamiento sobre la región de las sensaciones, que prefiere al goce el deber» (22).

Ahora bien, el educando, frente a frente a esta su interna realidad, si quiere que su ascensión hacia «el hombre completo» sea «sólida y estable» (23), no tiene más remedio que trabajar seriamente en desarrollar al hombre noble, al hombre completo que está en vías de maduración, para sujetar y dirigir al innoble. Esto es encararse al problema de la educación.

En la lucha por sujetar y dirigir al hombre innoble, que impide el crecimiento del hombre perfecto que en potencia es una cosa con nuestra naturaleza, es necesario evitar un «mal gravísimo» (24), la terquedad; ésta le lleva al educando a rechazar toda consideración de prudencia y justicia que venga de afuera, para aferrarse a su propio dictamen, cuando en la creación de la interna armonía de este mundo pequeño que es el hombre, la palabra «someterse» viene a ser como su eje (25).

(22) *Criterio*, 22, 58; BB 15, 341; BAC 3, 750.

(23) *Ibid.*, BB 15, 341-342; BAC 3, 750.

(24) *Ibid.*, BB 15, 342; BAC 3, 750.

(25) En efecto, al final de «El Criterio» esta palabra «someterse» es el eje del ideal del hombre completo; entendimiento *sometido* a la verdad; voluntad *sometida* a la moral; pasiones *sometidas* al entendimiento y voluntad; y todo *dirigido* por la religión.

Este «mal gravísimo» —no olvidemos— que tiene su «raíz en el orgullo» (26) como algo muy congénito a nuestra naturaleza, «al hombre innoble» del que nos habla Balmes. Y junto a la terquedad, también hay que tener mucho cuidado con otro de los rasgos del «hombre innoble», la inconstancia, que rehuye lo arduo, lo difícil, que esteriliza nuestras facultades, al dejarlas ociosas o a media máquina. Además conviene saber que este rasgo es más común, y acarrea más «daños» (27) que el orgullo, al incapacitar al hombre para empresas arduas y quemar sus energías; pues lo que hace es dejar al individuo al vaivén de las impresiones, sucesos y personas, para venir a parar en la terquedad del «prurito de mudanza» (28); anulando así para escuchar cualquier consejo, aún de los más caros intereses (29); la palabra dirección, sometimiento, no tiene fuerza; es desterrada en este trabajo tan decisivo de crear la «armonía en el mundo pequeño» que está construyendo el educando.

EL MAL METAFÍSICO

Varias veces me he expresado con los siguientes términos: «en cuanto humanamente sea posible»; su razón última en nuestra condición de seres finitos, o como algunos lo llaman «el mal metafísico» (30); esta limitación en el momento presente tiene su expresión, en la gran dificultad, por no decir imposibilidad, de conocerse bien el educando, de saber perfectamente qué terreno pisa, tiene, y con qué material cuenta para levantar su propio personalidad según un humanismo integral, la del hombre por excelencia. Es que la persona humana, en el fondo, es un misterio aún para sí misma; no puede medir con exactitud «sus fuerzas» (31) unas veces por más, otras por menos, lo ordinario es que falte en la medición exacta de sus propias energías (32).

Además, no es raro, que dude «sobre su interés propio» (33).

La cumbre que se le presenta al educando, como cima a donde llegar en su educación, ha podido parecer un tanto inaccesible, por el

(26) *Criterio*, 22, 58; BB 15, 342; BAC 3, 750.

(27) *Ibid.*

(28) *Criterio*, 22, 58; BB 15, 342; BAC 3, 751.

(29) *Ibid.*

(30) *Fil. El teodicea*, 13; BB 21, 412; BAC 3, 405.

(31) *Criterio*, 22, 3; BB 15, 261; BAC 3, 701.

(32) Un reflejo de esto es lo que nos pasa con los juicios ajenos acerca de nosotros mismos; nunca encontramos el que nos llene plenamente; creemos que fallan por exceso o por defecto; a no ser que el individuo se haya desdoblado de tal forma que su yo sea el tú del otro y viceversa; aún en este caso, siempre quedará algún misterio en el que la intuición de la profunda compenetración irá disminuyendo este misterio, y que con el tiempo tenderá hacia la desaparición; pero siempre quedará la cima donde solo llega el Absoluto.

(33) *Criterio*, 22, 3; BB 15, 261; BAC 3, 701.

esfuerzo que exige; dificultades, dentro y fuera, y encima el no saber exactamente con qué fuerzas se encuentra, y por último, a veces, ni lo que se pretende y desea.

No se niega sólo la dificultad, sino la imposibilidad de dicha ascensión. Todo el problema está en la «voluntad» (34); en querer de veras, de una manera decidida, resuelta, firme en fin, en que se marche camino de la cumbre, sin arredrarse por obstáculos ni fatigas (35).

Más aún, en la consecución del hombre perfecto, es conveniente echar un poco de «sal» a la dificultad; es la manera de saber airearse en medio del pesimismo que nos puede invadir; y es éste un recurso que se «encuentra en el corazón y en el labio de los mortales» (36). Esta capacidad que tiene el hombre de reirse de sí mismo es además un medio que da resultado seguro; porque la sátira usada contra nosotros mismos tiene la enorme ventaja de que pueda ser «más graciosa y libre» (37) en cuanto no hay peligro de herir a la reputación de nadie, ni de que haya testigos, como no sea la risa burlona que tan pronto como aparece en nuestros labios, muere. De esta forma volveremos a la normalidad de nuestro ser; no nos sentimos víctimas de la dificultad, y esto hace que nazca de nuevo en nuestro interior la luz de la sensatez. Ha sido como un abrir de par en par las ventanas de nuestro interior, para que entre nuevamente el aire de la campiña y todo nuestro ser sienta correr como una sangre nueva. Esta capacidad de reirse de uno mismo es señal segura de juventud, de estar en la plenitud de la vida interior, pues sólo este tal es capaz como de ponerse en escena para que ese orgullo, esa inconstancia, ese ver que somos

(34) *Criterio*, 22, 57; BB 15, 340; BAC 3, 749.

(35) Remito al lector a la parte primera, aquí no expuesta, que trata de la voluntad especialmente a la parte donde se habla de la «Transcendencia»; vista esta parte se comprenderá el porqué el educador al enfrentarse a la aprehensión del hombre ideal, debe plantearse el problema de su voluntad. Aquí sólo trata Balmes de encararle al educando ante la educación, hacerle ver cómo tiene que hacer frente a esta su seria responsabilidad; y así ha comenzado por ponerle claramente el ideal que ha de tener en cuenta, en todo su trabajo educativo, con su transcendencia y dificultad. Se puede tener la impresión de ir en este proceso educativo, un tanto al revés; primero las partes y después el todo; en efecto, en un principio se trató específicamente de los tres elementos constitutivos del carácter, para estudiar ahora de una manera particular, el objetivo general de la educación; el hombre perfecto tomado de forma global, que no es otra cosa el estudio del educando ante la educación. Y éste y no otro es el camino seguido por Balmes; veamos en efecto, «El Criterio», su libror pedagógico por excelencia, donde después de haber trabajado en poner en juego armoniosamente todas las facultades de hombre en busca de la verdad, acaba trazando la imagen del hombre perfecto, pleno de humanismo integral, como ideal del educando.

Al mismo tiempo sin olvidar lo que nos dice la historia «magistra vitae» de que nadie que ha llegado a «esta cumbre» se ha arrepentido, más aún, se ha sentido lleno; aunque no era necesario recurrir a la historia; es una conclusión necesaria que brota de haber puesto todas las piezas de este pequeño mundo que es el hombre, en perfecta armonía; cada cual está en su lugar; tiene lo que le es específico y de la manera que le conviene.

(36) *Criterio*, 22, 49; BB 15, 321; BAC 3, 737.

(37) *Ibid.*

en el fondo un misterio para nosotros mismos, lo tome un «adversario de chiste y buen humor» (38). Es la forma «inteligente y previsor» (39), de no dejarse abatir por el desaliento en esta maravillosa ascensión, de ir superando las dificultades que resultan del sometimiento de las partes en función del todo.

Esto es saber el educando dónde debe situarse, cómo debe enfrentarse a la Educación. Balmes con su temperamento pedagogo, nos ha dado su lección; lo ha hecho de la siguiente manera: en primer lugar ha dejado bien claro el ideal del hombre que debe intentar realizar el educando; eso sí con mayor o menor perfección según las posibilidades humanas; indicando también la transcendencia y dificultad que puede haber en todo ello. Además todo esto viene después de un análisis de los tres elementos constitutivos del hombre completo, para que el ideal del hombre perfecto, sea como el alma de estas partes que se unen para constituir el «pequeño mundo» y al mismo tiempo se vea la meta a donde se llega en el trabajo.

LA ESCUELA

Para el educando, la escuela es uno de los centros más decisivos en esta materia que más le absorben pues va al núcleo de su existencia y desarrollo.

Su actitud ante la escuela, no debe ser la de un ser oprimido y pasivo, sino activo y libre. La razón de ello nace como conclusión de lo que vamos diciendo. El ideal de la educación —el hombre perfecto—, si es un fin, y la escuela un medio en vistas a ese fin, lo obvio y natural, por lo tanto, es que el centro de la escuela sea el alumno, y no el maestro.

AUTENTICIDAD

En la relación entre Educando y Educación, la educación es el fin y el educando el sujeto agente, el centro de la actividad; por lo mismo es de capital importancia ver cómo Balmes piensa que debe capacitarse el educando para lograr su meta. Sigue Balmes en la misma línea de hacer frente el educando a la Educación. Y en este problema la autenticidad es fundamental para capacitarse con miras al hombre perfecto, al humanismo integral.

Si buscamos en el diccionario Ideológico de la Lengua Española el significado de la palabra autenticidad, encontramos la siguiente definición: «Calidad de auténtico» (40), y a su vez auténtico, como «acre-

(38) Ibid.

(39) Ibid.

(40) CASARES Julio. *Diccionario Ideológico de la Lengua Española*. (Barcelona, 1957), 10.

ditado de cierto y positivo» o también «autorizado o legalizado, que hace fe pública» (41). Por lo tanto la autenticidad en el educando, significa, hombre veraz (que sabe conocerse y admitirse); donde entran estos dos elementos, uno objetivo: la verdad y otro subjetivo: desearla cierta y positivamente, buscando la fusión más perfecta entre ambos elementos (42).

Decíamos que la autenticidad según Balmes es fundamental en este capacitarse para correr el camino hacia un humanismo integral; ¿acaso se puede lograr «armonía del hombre perfecto», por lo mismo, colocarle cada cosa en su sitio, según una jerarquía de valores, sin este sentido y sentimiento de veracidad, de autenticidad? (43).

Tan dentro lleva Balmes esta idea —por algo es fundamental— que la encontramos como una preocupación-base cuando habla de lo que es el interés de su vida: la filosofía y el periodismo con vista a una apologética.

No concibe filosofía que esté reñida con «la naturaleza» (44), para él «sólo hay filosofía donde hay verdad» (45), y así para él el filósofo será un hombre auténtico, donde lo subjetivo tiende a una adecuación con lo objetivo: «Llamamos filósofo a un hombre que sabe dar a las cosas su verdadero valor, que nada desquicia ni exagera, que, imponiendo silencio a sus pasiones, y rechazando el estímulo de los intereses, deslinda los objetos, aprecia sus diferencias, coteja sus semejanzas, clasificalo todo cual conviene, y lo deja en su verdadero lugar y punto de vista» (46).

Como se ve la autenticidad es el alma del verdadero filósofo, y al mismo tiempo vemos que cada hombre temperamentalmente debe participar de «esa alma», para lograr la armonía del hombre perfecto, que lo es tal, porque cada cosa está en su lugar» (47).

Luego el educando al capacitarse para recorrer el camino del humanismo integral, debe participar de este espíritu del filósofo. Está bien claro que esta veracidad, es consigo mismo, con los demás y con lo demás; y que este mundo de ser debe manifestarse en la misma

(41) *Ibid.*

(42) A este efecto repasemos principalmente, lo relacionado con la «verdad»; veremos que no hace falta ningún esfuerzo especial para darse cuenta de la fusión que según Balmes, debe existir entre estos dos elementos; el objetivo y el subjetivo.

(43) Ciertamente que Balmes no dice con palabras textuales que es fundamental la autenticidad para llegar, lograr, la «maduración humana»; pero lo está diciendo implícitamente cuando nos afirma, al hablar de la necesidad de la armonía para la construcción del «mundo pequeño», que no hay armonía «si cada cosa no está en su lugar» *Criterio*, 22, 60; BB 15, 349; BAC 3, 755. Esto es conocerse, admitirse como es uno, y así realizarse; y aceptar al mismo tiempo a los demás como son.

(44) *Fil. Fund.* 1, 34; BB 16, 347; BAC 2, 210.

(45) *La palabra. Filosofía*; BB 14, 73; BAC 8, 259.

(46) *Ibid.*; BB 14, 72; BAC 8, 259.

(47) *Criterio*, 22, 60; BB 15, 349; BAC 3, 755.

expresión, si se quiere dejar todo «en su verdadero lugar y punto de vista» (48). La verdad por lo tanto, ha de ser la meta del escritor: «Quien escribe para el público debe decir siempre la verdad por dura que sea; y cuando no le sea posible, condénese al silencio antes que permitirse el engañar a los pueblos» (48).

En otros lugares donde habla expresamente del periodista, a través del espíritu crítico que le pide crea en él un sentido profundo de autenticidad ante la vida (50).

Para Balmes es fundamental, como se va viendo, la verdad, la autenticidad en todo proceso, trabajo humano, y sin lugar a dudas cuando se trata de capacitarse para colocar cada cosa en su sitio. Más aún «la naturaleza» (51), debe prevalecer en caso de colisión; «la humanidad» (52), la autenticidad, no pueden sacrificarse, si busca el educando, el bien perfecto, el cual no existe «sin la armonía» (53).

(48) *La palabra. Filosofía*; BB 14, 72; BAC 8, 259.

(49) Consideraciones filosófico-políticas, IX; BB 24, 361; BAC 6, 356.

(50) Cfr. los Caps. IX y X de «El Criterio», el artículo publicado en «*La Civilización*» en la primera quincena de mayo de 1842, acerca de la religiosidad de la nación española.

La idea que nos viene a decir se puede resumir, en que el periodismo ciertamente multiplicará los historiadores por la facilidad con que esparce documentos y noticias que llegan a todos; pero es muy dudoso, si ayudará o estorbará a la historia. Si ha de ayudar será siempre con la condición de no confundir el texto del documento, con el comentario del escritor.

A veces no será el historiador ni los otros medios de información los que nos desorientarán en la investigación de los hechos, sino cierto espíritu apriorístico que puede haber en nosotros. Las conjeturas a priori, se han de constatar necesariamente con la experiencia, para ver si ésta responde o no a los cálculos que la sola razón se había formado.

En estos mismos capítulos y artículos que acabo de citar, acerca de la razón por la que nos exige ese espíritu crítico: el apriorismo que todos llevamos, nos da como dos razones más. Primero se ha de tener una desconfianza proporcionada a la distancia del lugar de la escena. Segundo, se ha de recordar siempre la parte que añade la vanidad del viajero y el deseo de hacer interesantes sus narraciones.

En las noticias y observaciones dice Balmes, es más difícil la veracidad. El estado social del país, ordinariamente no lo puede conocer el viajero. Así lo prueba la manera de hacer esos viajes de información rápida, superficial y parándose solamente en algunos centros principales. Añadamos la dificultad en la lengua, el afán de divertirse y ver curiosidades más que estudiar; y aquella tendencia a recoger todo lo pintoresco y lo extravagante, pero que no representa la vida normal del pueblo, y veremos cuán poca confianza puede inspirarnos esta literatura.

(51) *Fil. Funa.*, 1, 34; BB 16, 347; BAC 2, 210.

(52) *Ibid.*

(53) *Fil. Funa.*, 1, 34; BB 16, 343; BAC 2, 207.

CONDICIONES

A. — *Independencia*

Hemos visto que es fundamental al educando, el espíritu de autenticidad, para su capacitación con miras al humanismo integral, al hombre perfecto.

Ahora bien, el admitirse, el saber colocar cada cosa en su lugar, ya sea en lo referente a lo propio como a lo ajeno, exige independencia, constituirse «no dependiente de ninguno» (54); de otra forma, imposible que siga su línea de autenticidad, que le reclama ser él, construir su propia armonía, su pequeño mundo, sin desviarse de su trazado, «por ningún motivo, por ninguna consideración, bajo ningún pretexto» (55).

Esí sí, todo ello, lleva consigo un trabajo personal, quererlo de veras: «El hombre en todas las posiciones es independiente, cuando sabe serlo» (56).

Saber serlo, no es otra cosa, que quererlo con verdad, no ceder del propósito, tomado, bajo ningún pretexto, y también bajo ninguna influencia; digo, «también bajo ninguna influencia» porque la autenticidad, la independencia también está bajo el influjo de las pasiones, que son como un vidrio colorado: «todo lo vemos del mismo color del vidrio» (57); y el saber serlo, comprende el querer con objetividad; someterse por lo tanto a lo que sea necesario para que triunfe la verdad; sujetarse «al factor tiempo» (58), «a la experiencia» (59) cuando ésta sea posible, siempre que lo exija esta independencia. Una aptitud, por otra parte, de sana rebeldía va encerrada en este sentido de independencia, que exige la autenticidad. «No admito ideas sin analizar, ni proposiciones sin discutir, ni razonio sin examinar, ni regla sin comprobar» (60).

(54) CASANOVAS, Ignasi. *Balmes. La seva vida. El seu temps. Les seves obres*. Barcelona, 1932), 3, 186; BAC 1, 773.

(55) En el caso de la persona humana, son correlativos, bien perfecto y armonía, i.e., hombre completo y armonía; lo que supone que cada cosa está en su lugar: el entendimiento, la voluntad y las pasiones, con total independencia de todo aquello que vaya contra este mundo pequeño.

«La verdad completa, como el bien perfecto, no existen sin la armonía: ésta es una ley necesaria, y a ella está sujeto el hombre» (16, 343; BAC 2, 207).

«El hombre es un mundo pequeño: sus facultades son muchas y muy diversas; necesita armonía y no hay armonía sin atinada combinación, y no hay combinación atinada si cada cosa no está en su lugar (...): he aquí el hombre completo, el hombre por excelencia» (15, 349; BAC 3, 755).

Recordemos una vez más que este hombre completo es la meta del educando, por lo mismo necesita de la independencia esa que reclama la armonía.

(56) Casanovas, Ignasi. Cfr. nota 54: 3, 186; BAC 1, 773.

(57) *Fil. El., Lógica*, 2, 2; BB 20, 59; BAC 3, 35.

(58) *Ibid.*

(59) *Ibid.*; BB 20, 60; BAC 3, 35.

(60) *Critrio*, 18, 4; BB 15, 201; BAC 3, 665.

B. Admitirse

Dijimos que la autenticidad del educando en su misma constitución, por lo que ella significa en sí, encierra el «admitirse». Es este un problema que el educando ha de estudiar a fondo, dada su gran dificultad.

En efecto, el hombre, posee dentro de sí mismo una capacidad extraordinaria para engañarse, para jugar consigo mismo a través de la mentira. «Basta haber estudiado el corazón del hombre para conocer que estas escenas no son raras y que jugamos con nosotros mismos de una manera lastimera. ¿Necesitamos una convicción? Pues de un modo u otro trabajamos en formánnosla; al principio la tarea es costosa, pero al fin viene el hábito a robustecer lo débil, se allega el orgullo para no permitir retroceso, y el que comenzó luchado contra sí mismo con un engaño que no se le ocultaba del todo, acaba por ser realmente engañado y se entrega a su parecer con obstinación incorregible» (61).

Como ayudantes en este trabajo, el hombre dispone de la imaginación, para revestir «de imágenes» (62) los pensamientos de la manera sugestiva que desea. La hipocresía es otra de las armas que posee para este juego triste; y además tiene la habilidad de saber disfrazarse de una manera mejor cuando trabaja dentro del individuo y a su servicio. «El hombre emplea la hipocresía para engañarse a sí mismo acaso más que para engañar a otros. Rara vez se da a sí propio exacta cuenta del móvil de sus acciones, por esto aún en las virtudes más acendradas hay algo de escoria» (63).

Esta hipocresía, cuya finalidad es la de engañarse el hombre a sí mismo, cuenta con unos grandes auxiliares: las pasiones; y al hablar de las pasiones no solamente se refiere Balmes a las inclinaciones fuertes, violentas y tempestuosas, sino también a aquellas «más suaves, más espirituales» (64), que por su misma delicadeza con «más facilidad» (65) nos engañan. Un ejemplo de lo que vamos diciendo lo tenemos en la venganza; cuando ésta aparece en toda su brutalidad se le ve claramente su rostro de ira, es difícil que nos engañe; sin embargo cuando obra «en nombre del cielo por la justicia» (66), qué fácil es que llegue la persona humana a engañarse, a creer que obra, movida quizás a impulsos «de la misma caridad» (67). Aquí ya el individuo destrozará la reputación más clara y limpia, llenará de dolor y amargura a la víctima; eso sí, creyendo que hacen una obra de justicia,

(61) *Criterio*, 5, 4; BB 15, 50; BAC, 3, 576-577.

(62) *Criterio*, 19, 13; BB 15, 231-32; BAC 3, 684.

(63) *Criterio*, 22, 41; BB 15, 310; BAC 3, 731.

(64) *Criterio*, 22, 38; BB 15, 303; BAC 3, 727.

(65) *Ibid.*; BB 15, 304; BAC 3, 727.

(66) *Criterio*, 22, 39; BB 15, 307; BAC 3, 729.

(67) *Ibid.*

de caridad, y si la llegan a matar que lo hacen «en nombre de Dios» (68). Y es que en el fondo tenemos miedo de enfrentarnos con el dictamen de la conciencia, y vernos lo que somos; y, en consecuencia, optamos por hacernos unos «hipócritas» (69) y huir de nosotros mismos. «Si no tuviésemos la funesta inclinación de huir de nosotros mismos, si la contemplación de nuestro interior no nos repugnara en tal grado, no nos sería difícil descubrir cuál es la pasión que en nosotros predomina. Desgraciadamente, de nadie huimos tanto como de nosotros mismos, nada estudiamos menos que lo que tenemos más inmediatamente y que más nos interesa» (70).

De aquí ese vivir volcado al exterior, ese existir «sólo con esa vida exterior» (71), para no tener tiempo de enfrentarse con uno mismo. Otras veces será la falta de claridad la que hace de máscara hábil (72).

Y una de las pasiones que más trabaja en todo esto es la exageración del amor propio, el culto de sí mismo, que busca levantarse «un altar en su corazón» (73) para que los demás le adoren; es la mejor manera, la obra más perfecta de la hipocresía para lanzarse al exterior, en busca de la huida de uno mismo. Unas veces esta exageración del amor propio, se llamará orgullo, otras vanidad, en el fondo se trata de «dos colores» (74) de una misma realidad; el culto a sí mismo. Esta pasión del amor propio, es la más general; difícil será encontrar un nombre libre de ella; «quizás ninguna» (75) excepción exista; seguramente, ningún individuo se vea libre de la pasión del amor propio exagerado.

LA RELIGIÓN CRISTIANA

En la autenticidad, el «admitirse» es algo muy difícil y costoso, pero también el educando en este trabajo de capacitación con miras al humanismo integral, dispone de medios; por ejemplo, la religión cristiana que puede serle de una ayuda única. En efecto la gran dificultad de el «admitirse» es la habilidad extraordinaria que posee el individuo de «engañarse»; pues bien, la religión cristiana está como nadie preparada para desenmascarar esta hipocresía por el «profundo conocimiento del corazón humano» (76), que demuestra tener, al exigir esa vida moral, profunda, reflexiva sobre las propias inclinaciones. Es este trabajo íntimo, responsable, de introspección el que necesita hacer el educando, para que llegue a saber descubrir los reco-

(68) *Ibid*; BB 15, 308; BAC 3, 729.

(69) *Criterio*, 22, 41; BB 15, 311; BAC 3, 731.

(70) *Criterio*, 22, 43; BB 15, 312-313; BAC 3, 732.

(71) *Ibid*.

(72) *Criterio*, 15, 1; BB 15, 158; BAC 3, 640. (Cfr. «Nota póstuma»).

(73) *Criterio*, 22, 18; BB 15, 283; BAC 3, 714.

(74) *Ibid*.

(75) *Ibid*.

(76) *Criterio*, 22, 45; BB 15, 314; BAC 3, 733.

vecos del corazón humano, con todos los resortes estupendos que tiene para engañarse. La dificultad no está en saber en abstracto que el individuo juega consigo mismo de una manera triste, que las pasiones son únicas para eso, sino en conocer su juego secreto. «La dificultad (...) está, (...) en saber cuál es la pasión que influye en este o aquel caso, cuál es la que por lo común predomina en las acciones, bajo qué forma, bajo qué disfraz se presenta al espíritu, y de qué modo se deben rechazar sus ataques o precaver sus estratagemas y todo esto no como quiera, sino con un conocimiento claro, vivo, y que, por tanto, se ofrezcan naturalmente al entendimiento siempre que se haya de tomar alguna resolución, aun en los negocios más comunes» (77).

Y la religión cristiana como acabamos de indicar, a través de su vida moral, de reflexión, ilumina este mundo concreto, personal del individuo que es capaz de tanto engaño.

Es esta capacidad de introspección la gran aportación que hace al educando la religión cristiana en el presente trabajo de ser sinceros con uno mismo, por ese examen noble a que obliga la vida moral íntima, reflexiva sobre nuestras inclinaciones. Y este «hábito de reflexionar» (78) que sabe ver por donde va el juego insincero y si hace mal, reconocerlo como tal, es fundamental en la autenticidad. Lo malo es que difícilmente nos convencemos de esta gran necesidad del examen. «Jamás el hombre medita demasiado sobre los secretos del corazón; (...) jamás se precave demasiado contra las innumerables asechanzas con que él se combate a sí propio» (79). «(es) poco conocedor de sí mismo» (80).

Es el capítulo 19 de «El Criterio», en el número 8 titulado «Cavilosas variaciones de los juicios políticos» (81) un ejemplo claro de esta facilidad enorme que tiene la persona humana para engañarse. Recordemos, una vez más, que esta manera de enseñar, es muy propia de Balmes, que educa con «ejemplos en escena».

Al mismo tiempo este hábito de reflexión, a través de su experiencia mostrará «la necesidad de tener ideas fijas» (82) para que este esfuerzo de autenticidad se refuerce. El motivo es el siguiente: el corazón con su influencia, fácilmente siembra la confusión; pues bien, para esos momentos de incertidumbre, de vacilación son las ideas fijas, claras, los faros que indican el puerto de llegada. En el caso presente: el educando frente a la educación, éste ha de tener ideas fijas y claras, para que en los momentos de zozobra sepa mantener la postura de la autenticidad, tener algo a que agarrarse con seguridad, para seguir el camino con verdad, y si se equivoca o yerra, saber verlo así, con autenticidad.

(77) Ibid.

(78) Ibid.

(79) *Criterio*, 22, 40; BB 15, 309; BAC 3, 730.

(80) *Criterio*, 22, 2; BB 15, 261; BAC 3, 701.

(81) *Criterio*, 19, 8; BB 15, 223-225; BAC 3, 679-680.

(82) *Criterio*, 19, 11; BB 15, 228; BAC 3, 682.

LOS CRITERIOS

Estudiemos uno de ellos, el de la conciencia: «La conciencia o sentido íntimo es la presencia interior de nuestras propias afecciones» (83).

He aquí, otro elemento que puede contribuir a la autenticidad si el educando sabe sujetarse a su ley, ocupar el lugar que se le señala. «El criterio de la conciencia es infalible cuando se refiere a lo que pasa en nuestro interior» (84). «El criterio de la conciencia es falible cuando sale de los límites de lo que pasa en nuestro interior extendiéndose a causas, efectos u otras circunstancias del fenómeno interno» (85).

Lo importante de esta ley —por lo que nos interesa— es el principio pedagógico de autenticidad que encierra; limitar el campo propio de cada facultad y sujetarse a él; con otras palabras, colocar cada cosa en su lugar; aprender a reflexionar para admitirnos como somos, en nuestras facultades, y por lo mismo no intentar salirnos del campo señalado.

Este principio pedagógico que hemos encontrado en el criterio de conciencia, igualmente lo hallamos en los criterios de evidencia y de sentido común, que están a continuación del de conciencia (86). Criterios que son «las fuentes de donde mana para nosotros el conocimiento de la verdad» (87) que vienen a ser como acabamos de contemplar, una buena escuela de autenticidad, al obligar al educando a una postura de sinceridad viril, como quiera sujetarse a ellas. Resumiendo, Balmes, ha ido profundizando en la lección de autenticidad, que es la que ahora ocupa al educando en su rabajo de capacitarse con miras a la Educación; ha sido un ahondar a través de la Religión cristiana, y los criterios.

«En la formación perfecta de l'home que estudia i treballa» (88) vamos a estudiar el enfoque pedagógico de Balmes ante lo negativo, ante aquello que debe ser destruido. Aspecto muy importante que debe tener en cuenta el educando en su capacitación con miras a la formación perfecta del hombre, que busca colocar cada cosa en su lugar para crear la armonía del hombre completo. La importancia de la postura que crea en su interior el educando ante lo negativo, es fácil de ver, pues es un problema que con frecuencia se encontrará en el camino hacia el humanismo integral, y por lo mismo que debe saber resolver; nadie, en esta vida es omniperfecto, por lo tanto el camino que tenga que recorrer estará sembrado de limitaciones propias y ajenas y en todos los órdenes.

(83) *Fil. El., Lógica*, 3, 1; BB 20, 128; BAC 3, 77.

(84) *Fil. El., Lógica*, 3, 1; BB 20, 130; BAC 3, 78.

(85) *Fil. El., Lógica*, 3, 1; BB 20, 131; BAC 3, 78.

(86) *Fil. El., Lógica*, 3, 1; BB 20, 134; BAC 3, 80; y BB 20, 138-139; BAC 3, 83.

(87) *Fil. El., Lógica*, 3, 1; BB 20, 127; BAC 3, 76.

(88) CASANOVAS, I., *Balmes*, etc. I. 351.

La solución que da Balmes al problema este, es la de destruir-construyendo, esto es, cuando se quita algo sea poniendo otra cosa en su lugar; quizás la expresión más clara de esta idea sea la siguiente: «La oposición verdadera, la que vale algo en bien o en mal, es la que opone un sistema a otro sistema» (89).

Para confirmarnos de ello, veamos la postura balmesiana, en diversos momentos de crítica, de destrucción.

a). — ante el error:

«es preciso guardarnos de que los errores que se han extendido por moda se arraiguen por principios. Tamaña calamidad sólo puede precaverse con estudios sólidos y bien dirigidos.» (90)

b). — ante el mal:

«en nuestra época el mal no se contiene con la sola represión, es necesario ahogarle con la abundancia del bien.» (91)

c). — ante la apatía:

«es preciso vencerlo (el indiferentismo) a fuerza de cordura y sabiduría.» (92)

Con su conocimiento profundo del hombre, hace notar claramente el «germen de anarquía» (93) que lleva esta labor, como se puede apreciar en su misma expresión construir-destruyendo; y para que no quede en una tarea anárquica, viene el dejar en claro la postura positiva ante lo negativo.

Hay que destruir para edificar. Pero hay que destruir construyendo al mismo tiempo.

Balmes quiso refutar el libro de Guizot y la influencia de la Reforma en el curso de la civilización europea, pero sabía muy bien que la manera más sólida de destruir un edificio era construir otro en su lugar y por eso todo su esfuerzo se dirigió a demostrar positivamente la eficacia civilizadora del principio católico. Escribe Blanche-Raffin (94) que Balmes hubiera podido muy bien parodiar el título del libro de Guizot llamando a su obra: «Historia del desenvolvimiento de la Civilización europea por la acción del principio católico».

Este principio negativo-positivo que debe enseñar todo maestro verdadero a su discípulo, lo podemos ver también en el capítulo XV de su obra, *Consideraciones políticas sobre la situación en España*, cuando habla del «indiferentismo» (95); lo mismo cuando lo hace acerca de la oposición, como hemos visto momentos antes; esta idea la explaya y concreta a lo largo de una situación real histórica, en su artículo titulado «la oposición» (96).

(89) *La oposición*; BB 30, 81; BAC 7, 463.

(90) *Fil. Fund.*, Prólogo; BB 16, 13; BAC 2, 9.

(91) *Ibid.*

(92) *Situación de España*, 15; BB 23, 124; BAC 6, 75.

(93) *La oposición*; BB 30, 79; BAC 7, 462.

(94) BLANCHE-RAFFIN, A. de *Jacques Balmes, sa vie et ses ouvrages*. (París, 1849).

(95) *Situación de España*, 15; BB 23, 124; BAC 6, 75.

(96) *La oposición*; BB 30, 79-92; BAC 7, 462-469

Sólo enseña quien hace comprender vivamente el desarrollo de una experiencia. Es esta experiencia, la de una actitud negativo-positiva ante lo limitado, la que quiere comunicar Balmes al educando, para que de esta forma se capacite bien, para el trabajo que le toca desarrollar de frente a la Educación; que al fin y al cabo todo proceso educativo lleva el trabajo de una oposición como hemos podido ver al estudiar la educación del entendimiento, corazón y voluntad; lleva un encarsarse al error, al mal, a la apatía.

EL EQUILIBRIO

La meta que señala Balmes al educando en materia de Educación es la del hombre completo, la de un humanismo integral. Por otra parte este hombre viene a ser un mundo pequeño que consta de muchas piezas; es necesario por lo mismo una armonía que coloque cada pieza en su lugar con atinada combinación y así obtener el equilibrio entre todas las fuerzas.

Siguiendo el camino que hemos utilizado en «construir-destruyendo», veamos la actitud de Balmes en los distintos momentos en que se encuentra como cogido por dos fuerzas contrarias.

El espíritu con que se enfrentará a toda esa clase de situaciones extremas, se puede resumir de las siguientes maneras: «El justo medio entre dichos extremos» (97).

Vayamos viendo cómo se encara, a los diversos casos de la vida:

a). — la dialéctica:

«Tocante a la exposición de las formas dialécticas he guardado un medio: ni les doy excesiva importancia ni las estimo en menos de lo que merecen; omito lo superfluo, sin olvidarme de lo útil.» (98)

b). — la sensibilidad:

Reconocer el gran valor de esta fuerza (99) pero sin dejar por eso de ver su peligro: «Hasta los sentimientos buenos, si se exaltan en demasía, son capaces de conducirnos a errores deplorables» (100).

c). — la confianza en nosotros mismos:

«Al medir las fuerzas propias debemos guardarnos por una parte de la pretención, y por otra de la pusilanimidad (...)» (101).

d). — Las facultades:

La misma idea, que vamos viendo, es la que domina cuando habla de la «discreción en el uso de las facultades del alma» (102).

e). — la prudencia:

(97) *Criterio*, 22, 31; BB 15, 294; BAC 3, 721.

(98) *Fil. Elem.*, Prólogo; BB 20, 9-10; BAC 3, 6.

(99) *Fil. Elem.*, 1, 3; BB 20, 41-46; BAC 3, 25-28.

(100) *Criterio*, 19, 11; BB 15, 229; BAC, 3, 682.

(101) *Fil. Elem.*, *Lógica*, Resumen final; BB 20, 173; BAC 3, 104.

(102) *Criterio*, 19, 1; BB 15, 202; BAC 3, 666.

«La perfección de la prudencia consistente en desconfiar de sí mismo» (103).

f). — la prensa:

«Esto (el periodismo) aumenta el número de los hechos en que se pueda fundar el historiador, y de que puede aprovecharse con gran fruto, con tal de no confundir el texto con el comentario.»

g). — la acción:

«Al proponernos un fin debemos guardarnos de la presunción de la excesiva desconfianza.» (105)

h). — la personalidad:

Con su conocimiento profundo de los hombres, tiene hablando de la personalidad, golpes magistrales; es el mismo equilibrio que desmascara a la hipocresía, dándonos una lección de equilibrio, de autenticidad: «También hay vanidad en la pretensión de no ser vano» (106). «La afectación es intolerable; y la peor es la afectación de la naturalidad (...)». «Los hombres grandes son sencillos, y los medianos son ampulosos, por la misma razón que los cobardes son bravatones y los valientes no» (107).

i). — el abuso:

«Que los excesos de la prensa no deben exasperarnos hasta el punto de hacernos mirar con aversión el descubrimiento en sí mismo, no perdiendo nunca de vista que son cosas muy diferentes el uso y el abuso, y que por la existencia del uno no debemos condenar al otro.» (108)

Es admirable la lección de equilibrio que ha ido Balmes enseñando, según se le presentaban los casos; lección por otra parte de importancia para el educando; pues su capacitación con la finalidad puesta en el hombre completo, el humanismo integral, le exige ante las situaciones extremas con que se encontrarán, una postura de equilibrio «el justo medio entre dichos extremos» (109). «Evitar la pusilanimidad sin fomentar la pretensión, sostener y alentar la actividad sin inspirar vanidad, hacer sentir al espíritu sus fuerzas sin cegarle con el orgullo» (110).

Para ello el educando ha de convencerse que se trata de un trabajo nada fácil: «he aquí una tarea (la del justo medio) difícil en la dirección de los hombres, y más todavía en la dirección de sí mismo (111).

Pero tampoco ha de pensar que porque sea difícil, sea «un imposible» (112) obtener este equilibrio; lo único que quiere decir, que es

(103) *Pensamientos*; BB 14, 214; BAC 8, 335.

(104) *Criterio*, 9, 3; BB 15, 93; BAC 3, 602.

(105) *Criterio*, 22, 23; BB 15, 289; BAC 3, 718.

(106) *Pensamientos*; BB 14, 220; BAC 8, 339.

(107) *Ibid.*, BB 14, 221; BAC 8, 340.

(108) *La Prensa*; BB 11, 157; BAC 5, 527.

(109) *Criterio*, 22, 31; BB 15, 294; BAC 3, 721.

(110) *Ibid.*

(111) *Ibid.*

(112) *Ibid.*

imposible adquirirlo «sin mezcla de muchas debilidades» (113); sin embargo, una vez más, el educando «no carece de medios suficientes» (114) para adquirir este espíritu de equilibrio, tan importante para ir labrando el pequeño mundo que es el hombre, y que consta de tantas piezas, y que hay que colocarlas, combinarlas, buscando la armonía, que es la que hará que este pequeño mundo eche a andar lo más perfectamente posible.

Si la armonía para Balmes es fundamental en la formación del hombre perfecto, el equilibrio, que viene a ser la armonía entre diversas cosas, es igualmente fundamental; diríamos que es la armonía puesta en acción.

Por lo tanto ahora más claramente veremos la transcendencia que tiene para el educando según el pensamiento balmesiano —el que vaya adquiriendo este espíritu de equilibrio como postura ante el fin de la Educación, al mismo tiempo que es ir consiguiendo el mismo fin. «El justo medio», transcendental, tarea difícil, pero no imposible y es la de no realizar este trabajo sin muchas debilidades.

Balmes, al enfrentarse el educando al problema de la Educación, le propone claramente el fin, el ideal del hombre completo, un humanismo integral; y a continuación trata de capacitarlo para este fin, educándolo en el espíritu de autenticidad, según ese principio negativo-positivo, del destruir-construyendo, mediante una postura de equilibrio.

CARMELO GORROCHATEGUI AZCÁRATE, S. I.

(113) Ibid.

(114) Ibid.

SIGLAS: La sigla BB remite a la edición de *Obras Completas* publicadas por Biblioteca Balmes en 33 volúmenes, Barcelona 1925-1927; la sigla BAC remite a la edición de las mismas publicada por Biblioteca de Autores Cristianos en 8 volúmenes, Madrid 1948-1949.